

ANIMACIÓN SOCIOCULTURAL Y ENVEJECIMIENTO ACTIVO: UN DESAFÍO MUTUO

Luis Gómez García

La animación sociocultural ha sido, durante las tres últimas décadas, el principal instrumento que hemos tenido los profesionales de la intervención con personas mayores para promover el conjunto de ideas y actividades denominadas “envejecimiento activo”¹. Al mismo tiempo, aquella se ha enriquecido sensiblemente con las aportaciones realizadas desde una disciplina en apariencia tan distante como la gerontología, aunque los vínculos entre ambas siguen siendo débiles y, en ocasiones, confusos o inexistentes para muchos profesionales, sobre todo para quienes trabajan en el ámbito de la atención a las situaciones de dependencia asociadas a la vejez.

A diferencia de otros países de nuestro entorno, como Portugal o Francia, donde la animación sociocultural posee apoyo institucional y prestigio académico, en España ha debido soportar el descrédito de una equivocada utilización por el sector público, en especial por las administraciones locales, que la han manejado como un paraguas bajo el cual podían dar rienda suelta a esa versión post-moderna del antiquísimo *panem et circenses* en que se han convertido las concejalías de cultura, juventud o deportes. Eso dio pie a su rechazo desde los medios sociosanitarios, que asimilaban la ASC a las comidas, el tallerismo, los viajes y los festejos para la “tercera edad”, y veían en ello una vulgar manipulación política orientada a la caza del voto pensionista, cuyo peso demográfico determina, de hecho, el signo de los recientes procesos electorales en nuestro país, sobre todo en el ámbito municipal.

Y, por el contrario, desde el campo de la animación sociocultural, la intervención gerontológica era rechazada por el peso del estereotipo sesentayochista que equipara juventud a participación social y rechazo crítico al sistema ideológico dominante, frente a la vejez, convertida en un sinónimo de conservadurismo, voto cautivo y sumisión política. El otro estereotipo, el del “viejismo”, ha difundido una versión paternalista, propia de la beneficencia, de la animación sociocultural, ajena a la

¹ La OMS lo define como el “proceso de optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad con el fin de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen” (OMS: 2002)

realidad de los miles de programas socioeducativos y centros de mayores existentes en España.

En estas circunstancias, y hasta hace no tanto tiempo, hablar de animación sociocultural de personas mayores, en un foro socioeducativo o gerontológico, resultaba algo exótico y, con demasiada frecuencia, incomprendido. El término ASC ha sido sustituido por expresiones como “dinamización”, “educación gerontológica” y otras parecidas, en un loable intento de resaltar los elementos de intervención socioeducativa que deberían caracterizar la actuación de las Administraciones Públicas (AAPP), sobre todo las locales, en materia de protección y bienestar de las personas de edad avanzada.

Lo cierto, sin embargo, es que apenas habríamos avanzado en la extensión y consolidación social de las políticas de envejecimiento activo si, desde la animación sociocultural, no se hubiese trabajado activamente para su implantación real entre las personas mayores. Basta con una lectura atenta de algunos textos ya clásicos de autores como Freire, Ventosa Pérez, Ucar o Ander-Egg, para comprobarlo. Por otra parte, la participación de este colectivo ha mantenido viva la animación sociocultural, al extender sus valores y su metodología de una forma tal como era impensable en la década de 1970. Sin embargo, sigue habiendo un desafío de comprensión e integración mutua al cual nos proponemos aportar, con este artículo, algunas sugerencias para el debate.

CUANDO HABLAMOS DE PERSONAS MAYORES...

Las personas mayores poseen un profundo sentido de la participación democrática, frente al estereotipo dominante que afirma lo contrario. Suelen ser muy críticas frente a la administración pública, han defendido con ahínco su derecho a ser parte activa en la gestión de sus propios equipamientos de proximidad y acogen con entusiasmo cualquier iniciativa destinada a favorecer su salud, tanto física como psicológica, la extensión de sus conocimientos y la adaptación a los cambios tecnológicos característicos de nuestra época.

Si entramos en cualquier centro de mayores de cualquier punto de España a media mañana, veremos a docenas de hombres leyendo la prensa diaria, recibiendo clases de informática o programando, a través de sus representantes en juntas directivas,

consejos rectores o comisiones de participación, una amplia paleta de actividades socioculturales, incluyendo conferencias, visitas culturales a museos y exposiciones, talleres de yoga o taichí, y también, por supuesto, viajes y excursiones.

Miles de personas mayores participan, desde hace años, en programas de extensión universitaria destinados, de forma específica, a este grupo de edad. Las asociaciones de mayores, por su parte, no han dejado de crecer en las dos últimas décadas, convirtiéndose no sólo en un interlocutor imprescindible para las AAPP, sino en entidades prestadoras de servicios socioculturales con un formidable desarrollo del voluntariado y la ayuda mutua.

La conjunción de estos tres elementos ha tejido una red comunitaria decisiva para paliar muchas situaciones de soledad e inadaptación a la jubilación y la vejez, reforzando, en la práctica, el valor de la solidaridad frente al individualismo promocionado sin descanso desde los *mass media* y la ideología “juvenalista/tecnocrática” que hoy impregna la casi totalidad de las relaciones sociales.

Las mujeres mayores merecen una mención aparte. Su aportación al cambio histórico que nos ha llevado desde una “ancianidad pasiva” a un “envejecimiento activo” ha sido determinante. Sin su energía y su valor para romper con las tradicionales estructuras patriarcales, nada de lo descrito en los anteriores párrafos habría sido posible. Si la revolución de la vida cotidiana surgida en los años sesenta del siglo pasado ha calado hondo en un grupo social contemporáneo, ese ha sido el de las mujeres mayores: sin ellas, apenas sería posible para sus hijas, hoy en día, la conciliación de la vida familiar y laboral; transformaron los equipamientos públicos gerontológicos con la adopción entusiasta de nuevas actividades y actitudes culturales, muchas veces sin el apoyo de las instituciones titulares de los mismos, y con un indisimulado rechazo masculino²; y, en fin, frente al narcisismo social dominante, no han dejado de poner en valor la solidaridad comunitaria, la cooperación intergeneracional y la sencillez ante el aprendizaje.

Pero las personas mayores también son un grupo extremadamente vulnerable. Por una parte, porque el envejecimiento biológico comporta una mayor fragilidad frente

² Según estudios internos realizados por nuestra consultora en 2007, la presencia activa de las mujeres en los equipamientos destinados a personas mayores estaría en una media del 75%, tomando como referencia valores obtenidos de actividades socioeducativas realizadas en unos 400 centros situados en 7 CCAA.

a las enfermedades y el deterioro psico-físico; y, por otra, por el formidable peso que aún poseen los estereotipos en torno a la vejez, desde los más folclóricos y absurdos (“son como niños”), hasta los que entran de lleno en el campo del abuso y el maltrato, pasando por ese otro inconsciente que todos nos negamos a decir en voz alta: la vejez es, sólo, la antesala de la muerte, cuando es, principalmente, otra etapa del ciclo vital, que puede ser tan fecunda y plena como las restantes³, aunque sea la última, pues la muerte no tiene que ver con la edad sino con las enfermedades, los accidentes o las catástrofes humanas.

...HABLAMOS DE INTERVENCIÓN SOCIOEDUCATIVA

La animación sociocultural de personas mayores apareció en nuestro país, hace ya más de treinta años, vinculada a un proyecto de intervención socioeducativa que todavía sigue vivo: las Aulas de Tercera Edad⁴, cuyo espíritu original dio lugar, en la década de 1990, a los Programas Universitarios para Personas Mayores, de los cuales hoy existen más de 50 en universidades de todo el estado, con más de 20.000 participantes⁵.

Simultáneamente, desde las AAPP, y en particular desde la local, se empezaron a construir centros de mayores que, en muchos casos, no pasaban de ser pequeños espacios con un bar donde “los jubilados podían pasar el rato”. Poco a poco, los ayuntamientos orientaron estos equipamientos hacia un conjunto de actividades de ocio recreativo (excursiones, festivales, comidas, vacaciones, etc.) que satisfacían una carencia histórica de las generaciones que habían vivido la guerra civil como jóvenes y habían cubierto su etapa adulta durante la larguísima dictadura franquista, con todo lo que ello supuso. El lógico éxito de estas actividades, recibidas con entusiasmo por personas que nunca habían podido acceder al ocio y al tiempo libre, identificadas en muchos casos bajo el rótulo de animación sociocultural, eclipsó cualquier intento de

³ En España, actualmente, la esperanza de vida desde los 65 años en adelante está en 16 años para los varones y 20 para las mujeres (Sancho Castiello: 2002). Son tramos de edad tan amplios como los que caracterizan la infancia o la juventud. Si añadimos el fenómeno de las prejubilaciones, que en algunos casos se inician en torno a los 55 años, nos hayamos ante un fenómeno histórico sin precedentes que va a determinar muchos aspectos del desarrollo social en este siglo.

⁴ Murga Ulibarri, M.T. y Berzosa Zaballos, G.: 1981.

⁵ Asociación Estatal de Programas Universitarios para Personas Mayores, en www.aepumayores.org.

desarrollar programas de intervención socioeducativa con mayores o los convirtió en algo minoritario y raro. A esta situación también contribuyó el hecho de que los servicios a las personas mayores fueran encuadrados dentro de los servicios sociales municipales y no dentro de las concejalías de cultura, lo cual creó una división artificial que ha continuado hasta el presente, reforzando la idea de que la intervención con personas mayores era una mezcla de políticas asistenciales y ocio recreativo, donde la educación permanente apenas tenía cabida⁶.

1993 fue un año decisivo, al ser elegido por la Comisión Europea “Año Europeo de las Personas Mayores y la Solidaridad entre Generaciones”. Los proyectos de ASC, tanto los impulsados desde las AAPP como desde el movimiento asociativo, tuvieron un reconocimiento explícito y la cuestión del envejecimiento demográfico fue abordada como una oportunidad en términos socioculturales y de educación permanente.

El trabajo posterior a ese año, con los Planes Gerontológicos y, a principios de la década actual, con la elección de Madrid como sede de la II Asamblea Mundial del Envejecimiento, auspiciada por la ONU, facilitó el impulso necesario para la consolidación del envejecimiento activo como la idea central en torno a la cual debían articularse los programas y servicios dirigidos a las personas mayores.

Si analizamos dichos programas y servicios observaremos que, esencialmente, son programas de ASC, es decir, de intervención socioeducativa, basados en la formación en nuevas tecnologías, la mejora de la salud, la participación comunitaria y el ocio activo. Sin embargo, la ASC apenas es reconocida como tal en la fundamentación de dichos programas. Esto es así porque quienes desarrollan programas de envejecimiento activo asocian la expresión “animación sociocultural” a un ocio pasivo basado en comidas, excursiones y manipulación ideológica de las personas mayores. Existe una responsabilidad complementaria proveniente del campo de la ASC, cuya atención a las personas mayores ha sido prácticamente nula en estas tres décadas. Y en medio, como el embutido, numerosos profesionales que se han abierto camino desde la

⁶ Cuando se elaboró la Constitución Española de 1978, y posteriormente en su desarrollo legislativo, la atención a las personas mayores heredó su tradicional encuadramiento en los antiguos sistemas de beneficencia, en los cuales la vejez aparecía asociada a enfermedad, discapacidad, etc. De ahí pasó a las competencias de los servicios sociales. Aunque en las dos últimas legislaturas han empezado a surgir concejalías o direcciones generales de personas mayores, siguen asociadas al sistema público de servicios sociales. Quizá haya llegado la hora de que, desde la ASC, realicemos un replanteamiento de este marco normativo que genera, como es lógico, las políticas públicas y los objetivos de la intervención socioeducativa con mayores.

ASC (independientemente de su titulación académica previa) para obtener un doble reconocimiento de su labor: desde la ASC y desde la Gerontología.

En realidad, lo que se está desarrollando actualmente en los miles de centros de mayores de todo el país es animación sociocultural integrando los principios del envejecimiento activo. Pero al no ser reconocida como tal, muchísimas y muy valiosas experiencias no están siendo aprovechadas adecuadamente y sus resultados están siendo limitados porque ese envejecimiento activo no es sino intervención socioeducativa y, ésta, considerando el colectivo y el medio en que se realiza, no es sino animación sociocultural, en el sentido más clásico y actual, más dinámico y riguroso, más sencillo y complejo a un tiempo.

ALGUNAS IDEAS PARA TENDER NUEVOS PUENTES

La ASC descansa sobre un principio fundamental: la ciudadanía no es una condición natural del ser humano ni se adquiere, sólo, por la existencia de un sistema político-legal que la reconozca como tal. Requiere que las personas seamos partícipes de un proceso socioeducativo que integre todos los espacios y tiempos de nuestra vida cotidiana: aprendemos a ser ciudadanos al tiempo que ejercemos como tales. Son condiciones interdependientes. En una sociedad como la española actual, donde los modelos de éxito social son el narcisismo, la capacidad de adquirir bienes de consumo y el conservadurismo ideológico respetuoso, al mismo tiempo, de la liberalización de las costumbres en la vida cotidiana, la praxis de la ciudadanía está siendo cada vez más reducida a un debate sin contenidos reales mientras se abandona, en todos los equipamientos de proximidad, cualquier iniciativa procesual orientada hacia la construcción de un nuevo modelo de ciudadanía propio del siglo XXI. La ASC, en ese sentido, puede tender puentes decisivos y volver a ser el instrumento que facilite dicho proceso y lo convierta en una acción comunitaria transformadora.

El envejecimiento demográfico ha adquirido ya tales dimensiones en nuestro país que pensar en un proceso como el descrito en el párrafo anterior es imposible sin integrar activamente en el mismo a las personas de edad avanzada. En la próxima década, más de una quinta parte de nuestra población estará dentro de este grupo

poblacional⁷. En muchos municipios ocupan ya la práctica totalidad de los equipamientos de proximidad, tanto los especializados desde el ámbito de los servicios sociales como los centros cívicos o culturales. Hay que tener en cuenta que la generación que accedió, por ejemplo, a los primeros programas de las universidades populares o las escuelas de adultos, al comenzar la década de 1980, hoy se encuentran ya en el ciclo de vejez, sobre todo las mujeres. Sin embargo, sigue existiendo un problema de acusada “invisibilidad” de este grupo de edad por parte de los adultos que, ya sea en el ámbito académico o en la de la gestión pública, diseñan y ejecutan las políticas de promoción y desarrollo cultural. ¿Podemos permitirnos el lujo, quienes trabajamos en el ámbito de la ASC, de dejar fuera a una quinta parte de la ciudadanía? Obviamente, no. Y, sin embargo, un foso de incomunicación e incomprensión mutua separa ambos espacios. En este sentido, los avances en el terreno de la gerontología social deben ser adoptados por la ASC e incorporados a su metodología y a sus técnicas de intervención.

Si juntamos los dos elementos descritos anteriormente, podemos hacer un diagnóstico más acertado de cuáles son los desafíos mutuos que nos esperan:

- La ASC ha sido la herramienta fundamental para que, en las tres últimas décadas, hayamos pasado de una sociedad con “viejos pasivos” a otra con “mayores activos”. Eso ha sido posible porque la gerontología social facilitó a los profesionales de la ASC el enfoque, los objetivos y el modelo de intervención que, desde la ASC, no se estaba llevando adelante por el peso de los estereotipos comentados más arriba. Ambas, ASC y gerontología social, han actuado de forma complementaria transformando las debilidades y amenazas del pasado en las fortalezas y oportunidades del presente. Aunque, eso sí, sin llegar a reconocerse mutuamente de una forma explícita.
- Si ese reconocimiento no se produce y, en la próxima década, no se avanza en la dirección de un nuevo “sentido de ciudadanía” del cual formen parte activa las personas mayores, tendremos una sociedad crecientemente desestructurada, con una quinta parte de la población ajena a los procesos de transformación social positiva, encerrada en su propio glosario de actividades de “envejecimiento activo” (mayores más sanos) y “ciudadanía pasiva” (ciudadanos menos sanos).

⁷ Sancho Castiello, M: 2002.

□ La insistencia en los programas intergeneracionales no puede reducir la aportación de las personas mayores a ser testigos y transmisores de una suerte de historia oral (juegos, canciones, tradiciones, etc.) descontextualizada del presente y sin relación alguna con ese “sentido de ciudadanía” al que nos referíamos antes. Las personas mayores pueden aportar tres valores fundamentales para romper ese círculo vicioso formado, hoy en día, por la tríada narcisismo/consumismo/conservadurismo liberal:

- Como decíamos refiriéndonos a las mujeres mayores, éstas están aportando el valor de la solidaridad basada no en discursos ideológicos “juvenalistas” sino en la dureza de las relaciones socioeconómicas que, bajo el barniz de una sociedad supuestamente muy avanzada, esconde profundas desigualdades de género y generacionales a las cuales las personas mayores aportan una altísima capacidad de mediación, de esfuerzo y entrega personal frente a los valores emanados del consumismo desenfrenado consistente en la obtención de un placer instantáneo que se agota en la obtención económica del objeto y no en el disfrute a largo plazo de las relaciones interpersonales.
- Como las personas de edad avanzada están siendo empujadas de una forma brutal e invisible hacia una pérdida progresiva de su condición de ciudadanos, y aún así se esfuerzan en mantenerla por encima de todo, pueden aportar un gran sentido de la crítica de la vida cotidiana, del valor de su reivindicación frente a la alienación derivada del culto al conocimiento académico y al poder de las nuevas tecnologías. Pero es necesario que las escuchemos desde la “ciudadanía” y no desde el “envejecimiento”, es decir, desde lo que son y no desde lo que hacemos que sean, al sustituir la condición social por la representación ideológica (los estereotipos acerca de la vejez)
- Por último, aunque no por ello menos importante, el diálogo intergeneracional basado en una adecuada integración de la ASC y la gerontología social, permitirá poner en valor, de nuevo, el sentido profundo del desarrollo comunitario, que en esencia no es sino la forma en que una comunidad humana se estructura en un proyecto de

convivencia a largo plazo. Y de eso, aunque sólo sea por su historia de vida, las personas mayores tienen muchísimo que aportar a las restantes generaciones.

CONCLUSIÓN

La promoción de un envejecimiento activo ha de ser el eje central de los programas de animación sociocultural dirigidos a las personas de edad avanzada. Se ha avanzado mucho en esta dirección en los últimos diez años y diferentes instituciones, tanto públicas como privadas (Obras Sociales de Cajas de Ahorro, por ejemplo), disponen de extraordinarios programas de intervención socioeducativa que están consiguiendo transformar realmente la manera como las personas adultas acceden a la vejez y, durante ella, se ocupan de mejorar su calidad de vida, tanto en el plano de la autonomía personal como en el de la integración social. Sin embargo, sigue sin haber un reconocimiento explícito del papel de la ASC como herramienta fundamental en el desarrollo de este proceso, lo cual es visible, entre otras cosas, en la descompensación que se advierte en la formación de los profesionales que acceden a la intervención socioeducativa con mayores: muchos jóvenes profesionales poseen una buena formación académica en ASC, pero no así en gerontología social, pues el ámbito del envejecimiento activo no está suficientemente integrado en el universo académico de la pedagogía o la educación social. Al mismo tiempo, profesionales provenientes de disciplinas académicas donde la gerontología social y el conocimiento de las políticas de envejecimiento activo ocupan un espacio importante (psicología, trabajo social), poseen una escasa formación en ASC, lo cual dificulta notablemente su adaptación posterior a un escenario laboral donde es necesario un conocimiento en profundidad de ambos elementos: ASC y gerontología social.

Aunque desde hace un tiempo se han puesto en marcha, en algunas universidades españolas, interesantes iniciativas tendentes a compensar estas carencias mutuas, sigue sin haber una reflexión y un debate en profundidad en el ámbito de la ASC, el cual es cada día que pasa más urgente por cuanto el envejecimiento demográfico es una tendencia irreversible a largo plazo, que transformará las relaciones

sociales y económicas de una forma desconocida hasta ahora, pues la historia de la humanidad nunca había tenido a las personas mayores como protagonistas activos.

La ASC y las políticas de envejecimiento activo se necesitan mutuamente. Ninguna de las dos conseguirá sus objetivos sin un entendimiento mutuo que se refleje en la formación académica, la reflexión profesional y el desarrollo de un concepto común a ambas: ciudadanos mayores.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ALONSO GONZÁLEZ, D.; LIRIO CASTRO, J.; MAIRAL MEDINA, P. (Coord.) (2007). *Mayores Activos. Teorías, experiencias y reflexiones en torno a la participación social de las personas mayores*. Madrid, FEP.

BERMEJO GARCÍA, L. (2005). *Gerontología Educativa. Cómo diseñar programas educativos con mayores*. Madrid, Editorial Panamericana.

CANTO CHAC, M. (Ed.) (2005). *Derechos de ciudadanía. Responsabilidad del Estado*. Barcelona, Icària.

FUNDACIÓN KALEIDOS.RED (2003). *Equipamientos municipales de proximidad. Plan estratégico y de participación*. Gijón, Trea.

MURGA ULIBARRI, M.T. y BERZOSA ZABALLOS, G. (1981). *Acción cultural con adultos: el Aula de Tercera Edad*. Madrid. Ministerio de Cultura, Dirección General de Juventud y promoción Socio-Cultural.

OMS (2002). *Envejecimiento activo: un marco político*. Contribución de la Organización Mundial de la Salud a la Segunda Asamblea de las Naciones Unidas sobre el Envejecimiento, Madrid, abril 2002. *Rev. Esp. Geriatria y Gerontología* 2002, 37 (S2), pp. 74-105.

ORAISON, M. (2006). *La construcción de la ciudadanía en el siglo XXI*. Barcelona, Octaedro.

PÉREZ SALANOVA, M. (2001). *Envejecimiento y participación. ¿Necesitamos nuevos enfoques?* *Intervención Psicosocial*, 10 (3), pp. 285-294.

QUINTANA CABANAS, J.M. (Coord.) (1985). *Fundamentos de Animación Sociocultural*. Madrid, Narcea.

SANCHO CASTIELLO, M. (Coord.) (2002). *Envejecer en España. II Asamblea Mundial sobre el envejecimiento, abril 2002*. Madrid, Instituto Nacional de Migraciones y Servicios Sociales, MTAS.

TRILLA, J. (Coord.) (1997). *Animación Sociocultural. Teorías, ámbitos, programas*. Barcelona, Ariel.

VENTOSA PÉREZ, V.J. (2002). *Fuentes de la animación sociocultural en Europa. Del desarrollo de la cultura a la cultura del desarrollo*. Madrid, CCS.

VV.AA. (2006): *Los Centros Sociales de Personas Mayores como espacios para la promoción del envejecimiento activo y la participación social*. Oviedo, Consejería de Vivienda y Bienestar Social del Gobierno del Principado de Asturias.

Julio 2008

LUIS GÓMEZ GARCÍA

Animador sociocultural

Gerente de Hartford, S.L., consultora especializada en animación sociocultural y envejecimiento activo

Correspondencia:

lgomez@hartford-sl.com